

y la artillería del fuerte estaba casi toda desmontada con las baterías de los turcos. En otra salida que hizo don Alvaro fué derrotado y prisionero; la gente del fuerte capituló despues, entregándole y salvando las vidas. Destruyó Piali las fortificaciones, y dejando á Dragut en los Gelves, se embarcó para Tripoli y de allí á Constantinopla, llevándose prisioneros á don Alvaro Sande, don Sancho de Leyva, don Berenguer de Requesens, don Gaston de la Cerda y otros caballeros de importancia.

Puso esta derrota de los Gelves en mucho cuidado á don Felipe, é inmediatamente hizo que se reparasen de nuevo las galeras y se pusiesen en estado de defender y proteger las costas de Sicilia y Nápoles. Sabedor al año siguiente que en Argel se preparaba una expedicion contra Mazalquivir y Oran, despues de dar órdenes para atender á la seguridad de las dos plazas, dispuso se reuniesen en Málaga veinte y cuatro galeras con tres mil y quinientos hombres á las órdenes de don Juan Mendoza. Mas esta expedicion pereció de resultas de una tempestad que, á pesar de tomar puerto en el de la Herradura, se encrezó tanto que hizo estrellarse los bajeles unos con otros, salvándose solo dos galeras de las veinte y cuatro. Perdió la vida don Juan de Mendoza, uno de los principales jefes, con mas de cuatro mil hombres, catástrofe horrorosa en aquellas circunstancias.

Otros acontecimientos de mayor interés y sobre casi igual teatro, ocurrirán en el curso de esta historia y ocuparán en ella su lugar correspondiente. Por ahora nos trasladaremos á otras escenas donde se debatian cuestiones de mas influencia en los destinos de la especie humana.

CAPITULO XXIII.

Estado de la Francia á la muerte de Enrique II.-De su hijo Francisco II.-Facciones en la córte.-Rejencia de Catalina de Médicis.-Advenimiento de Isabel al trono de Inglaterra y resultados.-Estado de Escocia en la misma época.-María Estuarda.

HABA comenzado el calvinismo en Francia de un modo obscuro, todo al revés del Luteranismo en Alemania. Le adoptaron al principio las clases mas bajas de la sociedad que en granjas, en cuevas, en los sitios mas solitarios celebraban los ritos de su nuevo culto, y cantaban en francés los salmos que la poesía de Marot, habia sabido hacer tan populares. Poco á poco se fué difundiendo la secta por las clases altas, por los señores de pueblos, y llegó hasta los príncipes mismos de la sangre. Margarita de Valois, hermana de Francisco I, esposa de Enrique de Albret, príncipe de Bearne y rey titular de Navarra, pasaba por dar en dicha secta y estar en correspondencia con Calvino. Se hizo con el tiempo calvinista la corte de Bearne, y la misma doctrina abrazó Antonio de Borbon-Vendomme, casado con Juana hija de Margarita, y que á la muerte de Enrique se hizo titular rey de Navarra. Tambien se habian adherido á la propia secta su hermano el príncipe de Condé, el almirante Gaspar Coligni, su hermano Juan Audelot y otros personajes distinguidos. Mas no se atrevieron á declararse durante la vida de Enrique II, príncipe que expidió nuevos edictos de rigor contra los herejes, renovando ademas los que se habian fulminado en tiempo de su padre. A la muerte de este príncipe no se mitigó la severidad contra los calvinistas; los mismos edictos se conservaron en su vigor, y durante el corto reinado de Francisco II hijo y sucesor de Enrique II, no faltaron herejes quemados en París, lo mismo que durante los

reinados anteriores. Mas la juventud y carácter débil de este príncipe, fomentaron en la corte partidos y facciones que se apoyaban en el celo religioso. Los Guisas, tios del rey por serlo de María Estuarda su mujer, aspiraron y obtuvieron en efecto la direccion de los negocios. Se hallaba el condestable de Montmorenci á la cabeza del partido enemigo de los Guisas, y aunque él no era calvinista, se apoyaba en los Colignis que lo eran y en los príncipes de la sangre, recién afiliados á esta secta, resentidos de la influencia y ascendiente de los Guisas. Asi en una pugna de partidos y facciones que se disputaban el poder, se envolvió otra mas encarnizada entre principios religiosos. Salió el calvinismo de la obscuridad y se hizo una bandera que alzaron públicamente los hombres primeros y mas perversos del Estado. De este modo se echaron las semillas de las guerras civiles, medio políticas, medio religiosas que desolaron la Francia por todo el resto de aquel siglo. Estaban los Guisas al frente del partido católico. En el calvinista aparecia el príncipe de Condé como el jefe mas activo; y los Colignis como personas de mas capacidad é influencia. Propendia la reina viuda Catalina de Médicis al partido de los Guisas, aunque estaba celosa de su poder y con deseos de arrancárselo. En cuanto á Montmorenci se volvia al partido de la corte á cualquier síntoma de ruptura con el calvinista ó disidente.

De esta discordia ó pugna de los ánimos, no podia menos de venirse pronto á vias de hecho. Formaron los calvinistas la trama de apoderarse de la persona del rey y de los Guisas en Blois á donde se iba á trasladar la corte, y con este objeto habian armado secretamente mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Recelosos los Guisas de la trama, trataron de llevar la corte á Amboise; mas no por eso abandonaron los conjurados su designio. Fueron sin embargo descubiertos, atacados y derrotados en el mismo Amboise, siendo cogido su jefe Renaudie, quien pagó el atrevimiento en un suplicio.

Aumentó esta tentativa el crédito y la influencia de los Guisas, y quedó nombrado el duque teniente general del reino con las mas amplias facultades; mas aunque se vió al parecer triunfante su partido con la tentativa de los calvinistas frustrada en Amboise, no se dieron estos por vencidos. El príncipe de Condé, preso en un principio, tuvo medios de evadirse de su encierro y pasar á los estados de Navarra. Los Colignis no aparecieron implicados por intrigas de la reina Catalina que aspiraba á servirse de su partido para neutralizar el ascendiente del opuesto. Los demás jefes calvinistas del mediodia marcharon á su pais con el objeto de prepararse para una guerra abierta, pues en esto se preveia por todos que iban á parar aquellos altercados.

En esta altura de negocios apoyaron de nuevo los Guisas el proyecto de establecer en Francia una especie de inquisicion, idea que abrigaban desde largo tiempo. Pareció la medida muy severa y en su lugar se sujetaron á la jurisdiccion y tribunal de los obispos todos los delitos contra la religion, declarando crímenes de lesa magestad todos los escritos á favor del calvinismo. Mas este decreto por sumismo rigor no podia ejecutarse. No era ya esta secta una faccion que se podia echar á tierra por medio de un decreto. A muy poco tiempo de la publicacion de éste, llamado por los protestantes establecimiento de la inquisicion de España, presentó el almirante una peticion al rey para que se les permitiesen templos públicos diciendo que estaba en mas de ciento y cincuenta mil firmas apoyada. Fue desechada la peticion; mas prueba este paso lo lejos que se estaba de la extincion del calvinismo.

A últimos de 1560 murió el rey Francisco II, y la tierna edad del sucesor, pues contaba solo diez años, obligó al nombramiento de regencia. Recayó esta en la reina madre la famosa Catalina de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, princesa ambiciosa, artificiosa y muy astuta, cuya política consistió siempre en dominar

las dos facciones neutralizando con la una la preponderancia de la otra. Al principio pareció propender al partido protestante. Como se la habia dado como una especie de asociado en la regencia al rey de Navarra, se publicaron varios decretos que les eran favorables. Se puso en libertad al príncipe de Condé, cuya vida corría gran riesgo por la causa que se le formaba, y llegaron las cosas al punto que los nuevos sectarios predicaron sermones en Fontainebleau donde se hallaba la misma reina. Mas cuando renovaron la petición de tener templos públicos, se volvió á negar por un edicto en que se les mandaba atenerse á lo que el Concilio de Trento decidiese.

Los Guisas viendo entonces el semblante que tomaban los negocios, estrecharon mas y mas los lazos con el partido católico, cuyos intereses con nueva eficacia protegieron. El condestable de Montmorenci que se habia separado de ellos por rivalidades de poder, se unió sinceramente á su partido y por fin hizo lo mismo el rey de Navarra separándose de los calvinistas. La reina se mantenía dudosa y vacilaba, no porque mostrase propension á las doctrinas de los calvinistas, ya entonces conocidos y designados generalmente con el nombre de hugonotes, sino por creer estaba mas en sus intereses contemplarlos, tal vez por oposicion secreta á los Guisas que se les mostraban tan contrarios.

Mas lo que prueba el progreso que habian hecho las nuevas doctrinas y lo poderoso que habia llegado á hacerse su partido es, que sin aguardar las decisiones del Concilio de Trento, que no se habia todavía reunido sin atreverse á llevar á efecto los edictos contra ellos fulminados, se celebró en Passy una conferencia entre los principales doctores de la iglesia. La reina para simplificar la discusion, mandó que no se reuniesen mas que cinco doctores por cada uno de los dos partidos, lo que así se hizo. Rodó esencialmente la conferencia sobre el sacramento de la Eucaristía, y por fin se extendió una fórmula

la de fé que pareció satisfactoria á los diez argumentantes. La reina á quien la presentaron, la envió á la revision de los prelados católicos que arreglaban en Poissy varios puntos relativos á la disciplina de la Iglesia.

Pareciendo á estos la fórmula capciosa, extendieron otra en términos claros y esplicitos con arreglo á lo recibido por la iglesia católica, mas esta no la quisieron firmar los calvinistas. Se terminó así la conferencia ó coloquio de Poissy, pues con tal nombre es conocida, sin haber producido resultado alguno. Mas debia esto de preverse en razon á la extrema divergencia de los dogmas de ambas comuniones. Sin embargo los calvinistas obtuvieron por entonces tolerancia de culto y comenzaron á predicar públicamente en todas partes y á cantar sus salmos. Mas estaban tan irritados los principales jefes del partido católico con lo que llamaban insolencia de los hugonotes, y tan ansiosos los caudillos de estos de llegar á la preponderancia del poder en manos entonces de sus enemigos, que era inevitable una guerra civil; así estalló en efecto.

A la cabeza del partido protestante, se hallaba el príncipe de Condé despues que su hermano el rey de Navarra se habia pasado á los católicos. Cada parcialidad tenia sus hombres y sus tropas, sus países de devocion, sus plazas fuertes y castillos.

En Inglaterra se habia experimentado un cambio de mucha consideracion á la muerte de María. Todo cuanto habia trabajado esta princesa tan católica por restituir á su país el culto de sus padres y volverle á la obediencia de la iglesia: todos los rigores que habia ejercido y las hogueras que habia mandado encender para castigar la impenitencia de los mas culpables, todo fué obra perdida al advenimiento al trono de su sucesora. Era Isabel hija de Ana Bolena y se habia educado en las nuevas doctrinas profesadas por su padre. Confinada en una prision durante el reinado de su hermana, tenia este motivo mas para no mostrarse favorable á su memoria, y

por otra parte le dictaba su interés al mismo tiempo que su educacion el moverse por opuesta senda. Segun los principios del catolicismo, no habiendo obtenido Enrique VIII sentencia de divorcio de la reina Catalina, era bastarda Isabel habiendo nacido en vida de esta princesa y como tal incapaz de suceder á la corona.

Estaba pues su apoyo en el partido protestante y á él se adhirió del modo mas esplicito. Muy luego dejó de ser la religion católica la dominante en Inglaterra. Se declaró la reina Isabel cabeza de su iglesia, y le dió la forma que con muy pocas alteraciones se conserva hoy dia.

La iglesia anglicana no es precisamente luterana ni calvinista, ni adoptó entonces en todo su rigor el rito y el culto prescritos por ninguno de los innovadores de aquel tiempo. Adoptó del luteranismo cierta pompa en el culto y sobre todo la gerarquía eclesiástica; del calvinismo el dogma y las creencias; sus dos solos sacramentos á saber, el bautismo y cena del Señor, negándose lo que se llama la presencia real en la eucaristía que allí se celebra y venera en recuerdo de aquella ceremonia. De todos modos se introdujo y estableció este nuevo culto en Inglaterra sin grandes violencias ni sacudimientos; los católicos se hallaban en grande minoría, y la reina tan celosa de su dignidad de jefe de la iglesia, estaba dotada de tanta energía y mucha mas sagacidad para llevar adelante sus designios. Y no solo halló medios esta reina de establecer la nueva iglesia ó religion con tranquilidad y calma, sino de fomentar disensiones y debilitar y hasta quebrantar del todo la influencia del partido católico en Escocia.

La reina María Estuarda, esposa del Delfin de Francia que despues fué rey con el nombre de Francisco II, se consideraba como la heredera presunta siendo nieta de la reina Margarita de Escocia, hermana de Enrique VIII. Reputándose Isabel como bastarda era reina de hecho. A la muerte de Enrique II de Francia come-

tió por consejo ó precepto de sus tios los Guisas la imprudencia de intitularse lo mismo que el nuevo rey de Francia, reina de Inglaterra, poniendo en sus armas los blasones de este reino.

Causó dicha conducta temores y resentimientos por la parte de Isabel, y fue tal vez el principio de la animosidad que con el tiempo se hizo tan fatal para María. Desde entonces trabajó aquella princesa en destruir la influencia de su rival á cualquier precio.

Los Guisas que veian sobre el trono de Francia á su sobrina concibieron el proyecto de sentarla en el de Inglaterra con el auxilio del partido católico, que aunque no en mayoría era siempre muy considerable. Se hallaba virtualmente María Estuarda á la cabeza de este partido, y era por lo mismo de su obligacion proteger y servir con el mayor celo los intereses de la iglesia. No creyeron los Guisas que representaria dignamente su papel mientras no se estirpase la heregia que tanto se propagaba en su reino hereditario de la Escocia. Con este motivo enviaron sus instrucciones á la regente María de Lorena para que aumentase el rigor de la persecucion y los castigos, aprovechando cualquier pretexto para adelantar la obra del esterminio del partido protestante. Aunque conocia muy bien la regente que los negocios no se hallaban á esta altura, no dejó de conformarse con la voluntad de sus hermanos.

Los pretextos no faltaban. En ningun pais producía mas conflictos y disturbios la pugna entre los católicos y los que se llamaban reformados. En la destruccion de las imágenes del culto se distinguía con particularidad el celo de los calvinistas, sobre todo de la plebe. En la catedral de San Gil se cometieron excesos de esta clase, llegando hasta quemar la imagen del santo patrono de Edimburgo. Con este motivo citó la reina ante su tribunal á los principales predicadores de la nueva secta. Mas se presentaron rodeados de gente armada de su parcialidad que intimidaron á la reina y á los obispos

que iban á juzgarlos. No tuvo pues efecto la medida, y los calvinistas envalentonados con esta victoria, se entregaron á nuevas violencias de quebrar imágenes y destruir los demás objetos del servicio del culto católico, para lo que les alentaban sus predicadores y el mismo Juan Knox que estaba á su cabeza.

Formaba ya el calvinismo un cuerpo numeroso á cuya cabeza figuraban personajes llamados lores de la Congregacion, y como tales presentaron diferentes peticiones á la reina á fin de que se exhibiese un decreto de tolerancia de su culto, evitando asi nuevos conflictos y desórdenes. Parecia ya dicha medida indispensable; pero estrechada siempre María por las advertencias de los Guisas, no les dió nunca una respuesta favorable. Después de pasado el susto de la aparicion de la gente armada delante de su tribunal, volvió á citar de nuevo á los predicadores y con el mismo resultado, teniendo ella misma que amansar con palabras dulces á los que habia citado como reos. Cuando se creia que habia abandonado del todo este proyecto, volvió á citarlos por tercera vez, y no habiendo comparecido los declaró proscriptos y fuera de la ley; mientras continuaban los desórdenes y los excesos en las iglesias de los católicos y los conventos, despojándolos de sus propiedades.

Se presentaba la regente en todos estos lances con carácter de duplicidad, y era objeto no solo de odio sino tambien de suspicacia. Se sabia el origen de las medidas que tomaba y que el plan era nada menos que el exterminio completo de la nueva secta. Por eso eran las reacciones y conflictos tan violentos: de estas hostilidades tumultuosas se pasó á una guerra abierta. Reunia la reina sus tropas francesas. Los lores de la Congregacion, sus adheridos y vasallos. Preveian todos los terribles efectos de la guerra civil que iba á encenderse mas por el semblante que habian tomado los negocios, hallándose la reina apoyada en fuerzas extranjeras y movida asimismo por resortes extranjeros, se conocia muy

bien que iba envuelta en la contienda la libertad civil al mismo tiempo que la religiosa. Hé aquí por qué varios señores católicos se unieron con los protestantes en odio á la ambicion y despotismo de que se suponía animados á los Guisas de quienes no la reina se consideraba sino como instrumento.

Asi el partido calvinista se reputaba como el nacional; el católico, como extranjero. Afiliados al primero se hallaban ya la mayor parte de los señores y barones principales y entre ellos un hijo natural del rey Jacobo V, conocido entonces con el nombre de prior de San Andrés, hombre emprendedor, ambicioso, dotado de cuantas cualidades son necesarias para brillar en conflictos semejantes. Muchos tratados de pacificacion y suspension de hostilidades se hicieron durante esta lucha; mas todos sin efecto y eludidos los mas por la mala fé de una, y quizá de entrambas partes. A favor de los lores de la Congregacion militaba el mayor número de soldados; mas no podian sustentarlos en campaña mucho tiempo. Tenia María menos fuerzas; mas eran estas permanentes. Cada uno se aprovechaba de sus ventajas propias y de las desventajas del contrario. Mientras tanto los lores de la Congregacion se habian apoderado de Edimburgo, y en el púlpito de la misma catedral predicaba Juan Knox, que en aquellas circunstancias era una potencia.

Auxilió como hemos indicado Isabel de Inglaterra al partido protestante, tanto por inclinacion y política como por su peticion y súplicas. Al principio fueron interceptados los recursos que envió á Escocia por los partidarios católicos; mas pronto fueron otros que hicieron gran servicio. Los protestantes conservaban siempre el ascendiente y llegaron á ver su causa triunfante cuando las tropas francesas, apoyo principal de la regente, se retiraron del pais por orden misma de los Guisas. Desconfiaron estos de poder llevar adelante la obra de la extirpacion del calvinismo.

Con la subida al trono de Francia de María Estuarda, llegaron á creerse omnipotentes y hasta cierto punto con justicia; mas comenzaba á cambiar mucho el semblante de las cosas para ellos. El calvinismo en Francia iba tomando tales creces, que todos los recursos les parecían necesarios en lo grave de la lucha. Las tropas que tenían en Escocia podían ser muy útiles en aquellas circunstancias. Por esto las llamaron, tratando de pacificar el país por medio de un tratado. Se estipuló por él que las tropas extranjeras evacuarían la Escocia, y que no se admitirían otras sin consentirlo el parlamento. Como la regente María de Guisa acababa de morir, se estableció un consejo de regencia, compuesto de doce personas, nombradas siete por la reina y cinco por el parlamento, cuya inmediata convocación se estipuló de los artículos del tratado. En cuanto á religion se determinó que los estados del país propusiesen al rey y á la reina lo que les pareciese conveniente. También se pactó que la reina María y su esposo reconocerían el título legítimo de Isabel á la corona de Inglaterra y que no llevarían más sus blasones en sus armas. En virtud de este tratado, que fué llamado tratado de Edimburgo, quedó la Escocia pacificada por entonces. Mas no por eso dejó de seguir adelante la obra del protestantismo. Inmediatamente que estuvo reunido el parlamento, recibió peticiones del partido calvinista para el definitivo establecimiento de su culto. Decretó el parlamento la abolición del católico, prohibiendo la celebración de la misa bajo las más severas penas. Pasó este acto sin ninguna oposición por parte de los obispos y abades mitrados que en virtud de sus baronías, eran miembros de aquella asamblea, lo que prueba la gran minoría en que se hallaban y que no se atrevieron á contrariar las opiniones dominantes, y los intereses de tantos nobles poderosos que se hallaban en el parlamento. Tal vez contaron con la repulsa que iba á recibir este decreto del rey y de la reina sin cuyo consentimiento no tenía valor de clase alguna.

Fueron en efecto muy mal recibidos de dichos príncipes los comisionados de presentarle el decreto. Fueron aun tratados con mas altivez y mas dureza por los Guisas. De ningún modo consintieron en que su sobrina suscribiese á un acto que prohibía el culto católico en Escocia. Inmediatamente trataron de inflamar el celo del partido en el país llamándole á las armas en defensa de su culto. También se pensaba en mandar nuevas tropas para dar mas apoyo á los católicos que se preparaban á la ruptura de las hostilidades. Mas la muerte de Francisco II trastornó sus planes. Ya no fueron tan poderosos los Guisas sin el apoyo de aquel monarca, y mucho menos habiendo pasado la regencia á las manos de la reina Catalina. Necesitaban demasiado los Guisas de todos sus recursos en la defensa de su causa en Francia para enviarlos á fomentar turbulencias á países extranjeros.

Libertados los escoceses de una nueva guerra, no pensaron mas que en arreglar su establecimiento religioso. Abolido el culto católico, se adoptó por religion del país el calvinismo puro en todas sus formas, dogmas y hasta en la organización y gobierno de la iglesia. Se dió á la escocesa el nombre de presbiteriana, por no admitir mas que una clase de sacerdotes y ministros, á saber: los presbíteros. Para el gobierno de la iglesia se instituyó una asamblea general, compuesta de delegados de las demás iglesias, y además de algunos miembros legos que representaban la comunidad de los cristianos. Esta asamblea era independiente de toda autoridad civil, lo que equivale á decir que los escoceses en su calidad de cristianos y en sus relaciones con la divinidad se gobernaban como una república.

En cuanto á la division de los cuantiosos bienes, que poseia la iglesia católica de Escocia, hubo muchos pareceres. Se pensó primero dividirlos en tres partes, destinando una á la manutención del clero; la segunda á obras de beneficencia, y otra á la difusión de las luces estableciendo escuelas y colegios. Mas este plan desagradó